

La “Sociedad del Riesgo” y la Práctica de la Artes Marciales en Nueva Zelanda

Diana Looser



Introducción

Reflejando una tendencia contemporánea interesante, las artes marciales asiáticas se han convertido en una parte claramente visible de la cultura contemporánea neozelandesa, aún cuando la mayor parte de estas artes fueron desarrolladas en ambientes culturales y religiosos muy diferentes. Este escrito trata de explicar algunas de las razones por las que las personas en Nueva Zelanda se inician en las artes marciales y continúan su entrenamiento. Las razones para iniciarse y continuar practicando artes marciales son muchas y variadas. Aquí se examina un conjunto específico de motivaciones, explorando las relaciones entre las teorías sociológicas del “riesgo” y la “sociedad de riesgo”, y el entrenamiento de las artes marciales en Nueva Zelanda.

Sugiero que, para algunas personas, el estudio de un arte marcial puede ser una respuesta al temor y la ansiedad que surgen de la conciencia del riesgo. Este artículo describe la teoría de la sociedad de riesgo y discute cómo el aumento de la conciencia del riesgo anima a las personas a ir en busca de métodos para su seguridad. Esto sugiere que el entrenamiento de las artes marciales puede pretender aportar inicialmente una solución a las ansiedades derivadas de: 1) la seguridad personal (la autodefensa), 2) el estado de forma y la salud personal, 3) la falta de solidaridad social, y 4) la falta de sentido y propósito en la vida. El artículo también explora el grado en que cada una de estas razones puede ayudar a explicar por qué las personas continúan entrenándose.

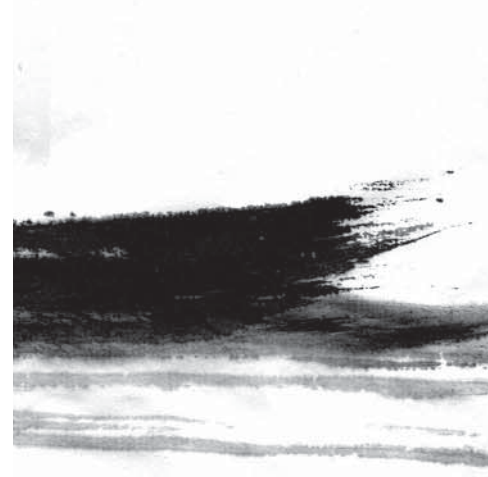
Este estudio sugiere vías para una investigación más profunda de la práctica de las artes marciales asiáticas en la región asiática del Pacífico, y del entrenamiento de las artes marciales como una actividad cultural influenciada por procesos y fenómenos sociales más amplios.

La sociedad del riesgo

La tesis de la “sociedad del riesgo” está asociada en primer lugar al trabajo del sociólogo alemán Ulrich Beck y del sociólogo británico Anthony Giddens. En palabras sencillas, la “sociedad del riesgo” describe una etapa de la vida moderna donde el riesgo se ha vuelto un elemento fundamental para comprender la individualidad, el cuerpo, y las relaciones sociales (Lupton, 1999). Giddens explica que, en la sociedad del riesgo, “el concepto de riesgo es fundamental para explorar la forma en que tanto los actores profanos como los especialistas técnicos organizan el mundo social” (Giddens, 1991: 3). Posteriormente, “el manejo del riesgo y su vigilancia influyen progresivamente tanto la constitución como el cálculo de la acción social” (Elliott, 2002: 299).

Según Beck, una sociedad del riesgo se crea cuando los peligros social, político, ecológico, e individual producidos en la sociedad contemporánea (que Beck llama “sociedad moderna tardía”) llegan a ser predominantes y eluden el control social y sus instituciones protectoras (Beck, 1999: 72). Estos peligros son a la larga reconocidos como problemáticos y llegan a dominar debates públicos, políticos y privados (Beck, 1992: 2). Beck y Giddens sostienen que la introspección y la crítica interna de la producción de riesgo conducen inevitablemente a la preocupación por el riesgo. Por consiguiente, en respuesta, los miembros de sociedad moderna tardía se ven

Ilustraciones: Bob Schmitt.



forzados a redefinir las normas existentes de responsabilidad, seguridad, control, y la limitación de daño con referencia a estos riesgos.

Los cambios más importantes para nuestro debate son aquellos que ocurren en relación a lo que Beck llama el “proceso individualizador” (Beck, 1999: 74-75). Este proceso implica la efectividad decreciente de los mecanismos sociales del manejo del riesgo y sus tensiones asociadas, lo cual obliga al individuo a ocuparse individualmente de un espectro amplio de riesgos. El proceso individualizador desestabiliza las nociones del individuo de estructura social e identidad personal, y contribuye a un sentimiento penetrante de incertidumbre y peligro.

De un modo similar, Furedi (1998) afirma que la naturaleza individualizada de la sociedad refuerza sentimientos de impotencia y aislamiento, y contribuye a la consolidación de la conciencia de riesgo global y personal. Furedi considera que las personas se encuentran a sí mismas en un mundo obsesionado con la enfermedad, el abuso, el riesgo de lo desconocido, y el daño ambiental. Las personas son advertidas constantemente de que están “en riesgo” y son incitadas a tomar precauciones mayores y buscar más protección. Significativamente, el término “en peligro” se usa para identificar ciertos tipos de personas que son particularmente vulnerables a algún peligro (Furedi, 1998: 19), así el estar “en riesgo” ya no tiene que ver con lo que haces, pero sí con quién eres. Por ejemplo, la noción de que las mujeres están “en peligro” de asalto físico o sexual. Este tipo de etiquetado sirve para personalizar e intensificar el miedo y la inseguridad de las personas.

Furedi observa que de los posibles miedos que abundan en la sociedad de riesgo, uno de lo más agudamente definidos es el miedo a otras personas. Progresivamente, las relaciones entre personas, incluso las que viven en la misma comunidad, se caracterizan por la falta de claridad acerca de las formas esperadas de comportamiento, especialmente sobre lo que se supone que estas deben hacer (Furedi, 1998: 127). Furedi sostiene la opinión de que una “cultura del abuso” y una “cultura del victimismo” se han desarrollado dentro de la sociedad contemporánea, ambas propagadas y exageradas principalmente por los medios de comunicación: “Afirma que el abuso abunda, que la mayoría de la gente está afectada y dañada por ello, y que esto ahora se cree ampliamente. Tales demandas prosperan en un clima moral donde las visiones de una creciente violencia ayudan a generar un acuerdo general de que todo el mundo es potencialmente una víctima o un abusador” (Furedi, 1998: 73).

Es importante advertir que, aunque la idea de la sociedad de riesgo sugiere que las condiciones plantean un número de peligros reales para las personas, las percepciones de riesgo de las personas no son necesariamente congruentes con los riesgos reales, ni tienen que ver con las simples reacciones de la mentalidad individual. Fox (1999) considera que la explosión de ansiedades acerca del riesgo tiene lugar dentro de la imaginación de la sociedad como un todo. Las percepciones del riesgo están sujetas a una variedad de influencias, forman una parte integral del clima social y cultural predominante, y expresan un estado de ánimo y un conjunto de actitudes que no puede ser tipificadas en términos de racional o irracional (Fox, 1999: 17). Además, puede alegarse que las percepciones del riesgo de hecho producen peligros. Fox mantiene que los peligros se construyen socialmente al ser “creados a partir de juicios aleatorios acerca de los resultados adversos o indeseables de elecciones hechas por los seres humanos. Entonces se apela a estos ‘peligros’ por deducción para mantener la consideración del riesgo, del comportamiento arriesgado y de la gente que asume riesgos” (Fox, 1999: 19).

A través de estas ideologías del riesgo, las personas reciben la impresión que hay riesgos significativos, ineludibles en la sociedad, que colisionan directamente sobre ellos. Esta calamitosa visión da lugar a sentimientos de impotencia, aislamiento y paranoia, y, en algunas personas, al deseo de responder activamente en busca de un remedio o, al menos, de la propia protección. Consecuentemente, en este último caso, las personas son conducidas progresivamente a ir en busca de la auto-protección de diferentes maneras. Cuatro metas significativas son: 1) la seguridad física a través de la autodefensa, 2) la forma física y la salud personal, 3) las relaciones y el apoyo social, y 4) la dirección existencial. Estas cuatro elecciones

particulares son exploradas a continuación en relación a la práctica de las artes marciales en Nueva Zelanda.

Métodos

Este artículo se basa en los resultados de mi amplio estudio sobre la experiencia de las artes marciales en Nueva Zelanda, llevado a cabo durante 12 meses, de enero a diciembre del 2002. Se seleccionaron cuarenta y nueve sujetos de cinco artes marciales diferentes para la investigación, con destacados perfiles en dichas disciplinas, en Christchurch, la principal ciudad en isla del sur de Nueva Zelanda. Las artes marciales representadas fueron: Seido Karate, Shinryukan Aikido, taijiquan, Taekwondo, y Zen Do Kai (un arte de Australasia, muy influenciada por las formas del kárate japonés y del Kickboxing Muay Thai). Los participantes representaban una gama de experiencia en artes marciales que abarcaba desde principiantes, pasando por estudiantes con experiencia intermedia (hasta el primer cinturón negro o su equivalente), hasta instructores. Aunque el estudio se basó en estas cinco artes, muchos participantes tenían experiencias en ese momento, o tuvieron experiencias previas, con otras artes marciales. En conjunto, los participantes representaban un total de 28 artes marciales asiáticas, europeas, pacíficas, y sudamericanas.

Contacté con los posibles participantes extendiendo una carta al instructor principal de cada escuela de artes marciales, explicando el proyecto y pidiendo permiso para visitar la escuela y hablar a los estudiantes acerca del mismo. Durante mi visita a cada escuela, invité a los voluntarios a completar un cuestionario que pedía información acerca del lugar y del significado de las artes marciales en sus vidas, lo que ellos buscaban en un arte marcial, y sus razones para haberse iniciado y continuar con su entrenamiento. El cuestionario también pedía a los participantes que indicasen si tendrían interés en participar en entrevistas individuales semi-estructuradas, debatiendo con un mayor detalle cuestiones relativas a sus respuestas al cuestionario. De esta muestra inicial de 49 encuestados, 14 participantes fueron seleccionados para las entrevistas estructuradas grabadas en cinta, siendo seleccionados por representar a una amplia gama de estilos y experiencias con las artes marciales.

En este artículo, he hecho énfasis en los propios comentarios de los participantes acerca de sus motivaciones para comenzar y continuar con su entrenamiento. Estos testimonios son analizados en relación al marco conceptual de la sociedad del riesgo descrita anteriormente. En la exploración de las intersecciones entre esta teoría sociológica y la práctica de las artes marciales, he tratado de examinar críticamente las observaciones existentes acerca de la práctica de ciertas artes marciales, y de colocar las mismas en un contexto teórico.

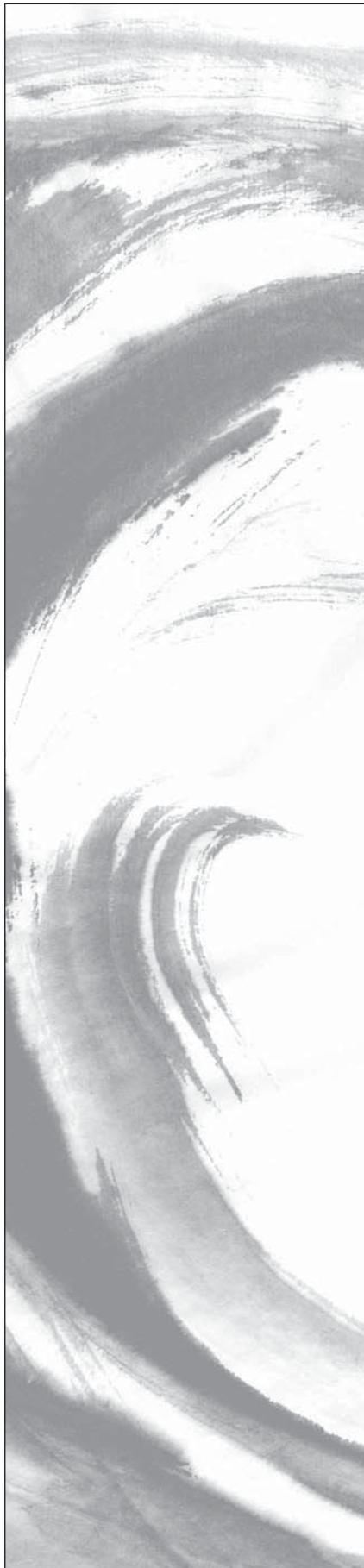
La sociedad del riesgo y las artes marciales

El entrenamiento de las artes marciales y la búsqueda de la seguridad

El entrenar artes marciales puede ser un método usado por las personas para combatir los sentimientos de miedo y ansiedad provenientes de la conciencia de riesgo, especialmente aquellos relacionados con la seguridad física personal. Maliszewski sostiene la opinión de que el entrenar artes marciales puede ser “un método de superar miedos físicos y ansiedades que emanan de vivir en un ambiente hostil” (1992: 7). El entrenamiento de las artes marciales puede satisfacer una necesidad de auto-protección o de auto-confianza, y puede inducir a incrementar la autoestima a través del aumento de la aptitud física y del logro con éxito de objetivos convencionales.

Los medios de comunicación envían mensajes de riesgo y temor a una audiencia universal, y las mujeres son normalmente los primeros objetivos, siendo





representadas como más “en peligro” que los hombres. La vulnerabilidad de la mujer es una ideología muy penetrante. Históricamente, en muchas culturas, se ha considerado que las mujeres necesitan protección, e incluso ahora ciertas formas de teoría y propaganda feminista teorizan con la noción de la que las mujeres están en riesgo, o son hechas víctimas, por los hombres. No es sorprendente, por consiguiente, que en una atmósfera de conciencia de riesgo focalizada en la falta de seguridad personal, se asuma que la mujer afronta la cantidad máxima de riesgo. La investigación de Cox sugiere que las mujeres perciben un número mayor de ambientes en los que estar inseguras, perciben un grado mayor de peligro en estos ambientes, y emplean más tiempo resguardando su seguridad que de lo que lo hacen los hombres (Cox, 1999: 2).

Los datos que recopilé sugirieron una tendencia interesante respecto a la diferencia entre las percepciones de hombres y las mujeres acerca del peligro personal. En general, al hablar de sus miedos, las encuestadas tienden a visualizar situaciones de ataque en las que estaban indefensas, pasivas, y a menudo eran víctimas involuntarias. Esas mujeres que nunca habían experimentado un ataque describieron a menudo miedos imprecisos. Esto significa que, habitualmente, no tenían un concepto claro de su agresor y no supieron concretamente por qué mantenían tales miedos. Por ejemplo, una mujer cinturón marrón en Zen Do Kai confesó que “Tengo este miedo horrible de que irrumpen en casa. No sé por qué, exactamente, pero lo tengo. He tenido períodos de miedos realmente dañinos, no pudiendo dormir porque estaba realmente preocupada por ello”. En contraste, los varones encuestados se inclinaron hacia conceptos más estructurados y específicos de riesgo personal. En vez de considerarse como víctimas involuntarias, generalmente describieron situaciones de ataque en las cuales fueron cómplices, y también posiblemente agresores. Las situaciones de ataque también tendieron a estar más claramente definidas y racionalizadas. Por ejemplo, un estudiante del aikido (quinto kyu, rango de estudiante) dijo que se había sentido en peligro cuando había “estado en peleas de bares y otro lugares, o tipos que venían a por mí en la calle”, y un varón cinturón negro, primer grado en Zen Do Kai recordó: “Casi tuve una pequeña pelea en un partido de críquet y aunque no llegó a mucho, pensé que habría sido conveniente al menos saber algo. Y tenemos alguna que otra tangana en el rugby y cosas por el estilo”.

Mientras que los medios de comunicación promueven e infunden miedo a sufrir un ataque personal, también presentan “soluciones” a ese miedo. Una solución es buscar un medio de autodefensa entrenándose en un arte marcial. Es posible que esta percepción sea especialmente popular en Nueva Zelanda donde otras opciones (pistolas en bolsos, por ejemplo) no son parte de la cultura de la autodefensa. De forma notable, sin embargo, la mayoría de los miedos de las mujeres sobre su seguridad personal se mueven en torno a las invasiones del hogar, ataques con cuchillo, violaciones o asaltos similares, todos los cuales requieren una defensa personal a corta distancia. Por lo tanto, las mujeres pueden imaginar que si ellas toman la iniciativa no serán víctimas pasivas, si no que tendrán una oportunidad si conocen las destrezas propias de las artes marciales. Este mensaje de los medios de comunicación es probablemente una razón clave por la que el entrenamiento de las artes marciales se percibe como un medio de proveerse de una defensa personal efectiva.

Varias mujeres encuestadas habían interiorizado este mensaje. Por ejemplo, cuando se preguntó por qué se pensaba que las mujeres sentían la necesidad de entrenar las artes marciales y la autodefensa, una mujer cinturón marrón de Zen Do Kai contestó: “Pienso que hoy en día muchas mujeres se sienten muy vulnerables, y esto tiene que ver con la elevación de las tasas de crimen o algo parecido. Eso es muy posible. Pero pienso que tal vez nos damos cuenta de que abundan las personas malas, temibles, en la sociedad y que no estamos protegidas de ellas lo suficiente”. En su opinión, el entrenar artes marciales mejoraba poderosamente las capacidades de autodefensas de las mujeres, y proporcionaba una percepción de poder personal. Ella afirmó que varias amigas en su clase de artes marciales habían elegido participar en entrenamientos específicamente porque querían sentirse confiadas y confirmó

que, “me gusta la idea de ser capaz para valerme por mí misma ... y parte de esto es ser capaz de cuidar de mí misma físicamente, cuando estoy fuera y paseando”. Ella consideró que, para las mujeres en particular, la circunstancia de poder sufrir un ataque era casi una conclusión sacada de antemano, y continuó: “Personalmente, pienso que todas las mujeres están en riesgo, a ciencia cierta, y pienso que si te puedes preparar para lo que va a ocurrir, entonces esto es genial... Creo que si se ha tenido alguna preparación, esto te da seguridad en ti mismo. Y esta es la clave... el tener la confianza es lo que te sacará de eso”.

Además (y en respuesta), muchas artes marciales en Nueva Zelanda se venden en parte basándose en la autodefensa. Así, puede alegarse que el clima social de riesgo motiva a las personas a entrenar en las artes marciales, pero también esto está capitalizado por el mercado de la comunidad de las artes marciales, que en su comercialización se aprovecha de las percepciones públicas del riesgo. En consecuencia, muchas personas eligen el entrenamiento de artes marciales como una opción de autodefensa. Cuando los encuestados en las entrevistas y cuestionarios fueron preguntados por el motivo por el que empezaron a estudiar artes marciales, casi la mitad (24 de 49 encuestados) declaró “autodefensa” como su motivación principal. Es importante observar que aunque la respuesta de “autodefensa” se dio más frecuentemente en las mujeres, un número considerable de hombres también afirmó que buscaban el entrenamiento de artes marciales por la misma razón. Un varón cinturón negro de primer grado de Zen Do Kai afirmó que:

Lo ves cada día en las noticias: personas que son atacadas, invasiones del hogar, secuestros durante el día, y cosas por el estilo, es monstruoso y espeluznante. Y pienso que mucha más gente tiene conciencia de estos tipos de situaciones, y entienden que no tiene sentido meterse en una de esas situaciones y no salir de ellas: “¿Qué voy a hacer?” Están siendo mucho más previsores e intentan prepararse ellos mismos para esas circunstancias.

Además, no fueron sólo los adultos los que mostraron conciencia de riesgo. Una estudiante del aikido (sexto kyu, rango estudiantil) de 13 años de edad escribió que, “esperaba [de las artes marciales] que fuesen una forma de defenderme, a fin de no estar completamente indefensa”, porque, “tengo un amigo que tiene una clase de paranoia acerca de... ser atacado, ¡por eso aprendo autodefensa!”. Claramente, era su amigo el que estaba “paranoico”, pero era la propia encuestada la que estaba aprendiendo artes marciales, lo cual demuestra la naturaleza “contagiosa” de la conciencia de riesgo.

Ya que “la autodefensa” es una razón común para iniciarse en el entrenamiento de las artes marciales, es útil considerar la naturaleza del entrenamiento de autodefensa que generalmente se ofrece en las escuelas de artes marciales, y cómo se compara con las anteriores expectativas de los estudiantes. Parece que, entre mis encuestados, la “búsqueda de la seguridad” era complicada por las diferencias entre sus prejuicios y la realidad del entrenamiento, y que esta discrepancia influía en las razones por las que continuaban con su entrenamiento.

Ciertamente, las artes marciales que muestreé proveyeron un entrenamiento de técnicas para la autodefensa efectiva. Por ejemplo, entre los participantes se incluían oficiales de policía, oficiales de prisiones, enfermeras de salud mental, trabajadores sociales, guardas de seguridad, y gente en ocupaciones de “alto riesgo” que buscaban habilidades de autodefensa con aplicaciones prácticas en la “vida real”. Los estudiantes que se entrenan en las artes marciales por un período de tiempo llegan a estar preparados para una pelea. Sin embargo, y quizá más importante, las artes marciales a menudo proporcionan al estudiantes la experiencia y confianza para poder manejarse en situaciones psicológicamente y emocionalmente peligrosas. Por ejemplo, un varón cinturón negro de quinto grado de Zen Do Kai sugirió que las artes marciales en Nueva Zelanda hiciesen mayor propaganda sobre la autodefensa física y que, esencialmente, el entrenar artes marciales ofrecía más estrategias de autodefensa “interna”. Por añadidura, el entrenar artes marciales puede

animar a los estudiantes a evitar situaciones potencialmente peligrosas. Un varón cinturón negro de primer grado en prueba de Zen Do Kai estaba de acuerdo con que las artes marciales le habían dado la confianza para mantener la calma bajo presión y para poner en marcha estrategias de evitación, diciendo que, “sólo he estado en un par de situaciones en la calle que no llegaron a ser peleas, y, en cierto modo, las artes marciales me ayudaron a salir de ellas sin pelear”.

Hay, sin embargo, algunas expectativas públicas para las cuales muchos estilos de artes marciales no se adaptan. Puesto que la autodefensa es el motivo de venta predominante para muchas de las artes marciales que se ofrecen en Nueva Zelanda, muchos estudiantes esperan que se les enseñe únicamente “autodefensa”. La mayoría de instructores entrevistados se apresuraron a señalar que las artes marciales son significativamente más complejas. Según otro varón cinturón negro de quinto grado de Zen Do Kai, “Entra en un club de artes marciales, no a un club de autodefensa. Aquí aprendemos un arte marcial. Seguramente, las artes marciales te cuidan al mismo tiempo que te proporcionan autodefensa, pero te dan más que la autodefensa”. Algunos instructores incluso encontraron esta expectativa ofensiva, o contraria a su práctica. Un varón primer grado de Seido Karate alegó que “focalizar la atención en el físico y en la lucha y en la autodefensa... es insultar lo que muchos de los fundadores y los ‘maestros’ deseaban lograr. Hay una gran diferencia entre el Seido Karate y el vídeo ‘Tae Bo’” (los ejercicios aeróbicos de Billy Blanks).

Si este es el caso, entonces también significa, por el contrario, que una persona podría ser hábil en “artes marciales” pero no necesariamente bueno en autodefensa. Como otro varón primer grado de Zen Do Kai dijo: “Pienso que clasificar [gradación de cinturones] realmente demuestra que hay personas que pueden ascender de cinturón y pueden ser muy diestras en artes marciales, pero esto no las hace buenas luchadoras, y no quiere decir que vayan a ser buenos en una situación de autodefensa”. De hecho, es posible estudiar un arte marcial durante toda una vida y no haberse involucrado nunca en una situación real y espontánea de pelea. Por consiguiente, una persona puede captar los principios de la “forma del arte”, pero pueden ser incapaces de aplicarlos en la práctica. Esto contrarresta la visión popular de que “si lo conoces, entonces puedes usarlo”.

Ya que muchas artes marciales se enseñan según sistemas complejos que cubren multitud de técnicas y aplicaciones, puede llevar varios años a un estudiante convertirse en experto. Consecuentemente, cualquier beneficio significativo ligado a la autodefensa que pueda tener un estudiante sólo podría provenir de años de entrenamiento de artes marciales. Sin embargo, la cultura del consumidor y la visión popular anima a las personas a esperar una gratificación inmediata. Por ejemplo, un varón cinturón negro de quinto grado de aikido apuntó que: “Para llegar a aprender autodefensa, lo que intento y donde hago hincapié [con los nuevos estudiantes] –no sé si lo acogen bien o mal– es en que es imposible conseguirlo en diez fáciles lecciones. Así es que, si tienen el deseo de aprender autodefensa, si, al aprender aikido aprenderán algunas habilidades físicas. Pero no es un proceso a corto plazo”. Un varón de quinto grado de Zen Do Kai también afirmó que él encontró estudiantes que esperaban “ser capaces de tocar aquí y allá, y el tipo se cae inconsciente. Esto es todo lo que necesitabas saber”. Constató que, “un montón de esas ideas son un producto de los medios de comunicación, el cine y fantasía”.

Muchas personas que se involucran con las artes marciales buscando una autodefensa básica no están buscando un viaje para toda la vida, pero sí una solución rápida para la falta de confianza en uno mismo o para un ataque sexual u otro hostigamiento. Pueden considerar que sus necesidades no se están satisfaciendo con el arte y pueden dejar de entrenar. Parece que ese desgaste sucede en las primeras etapas del entrenamiento y es particularmente común en las artes que parecen ser inicialmente menos violentas y más abstractas. Según un varón profesor de taijiquan:

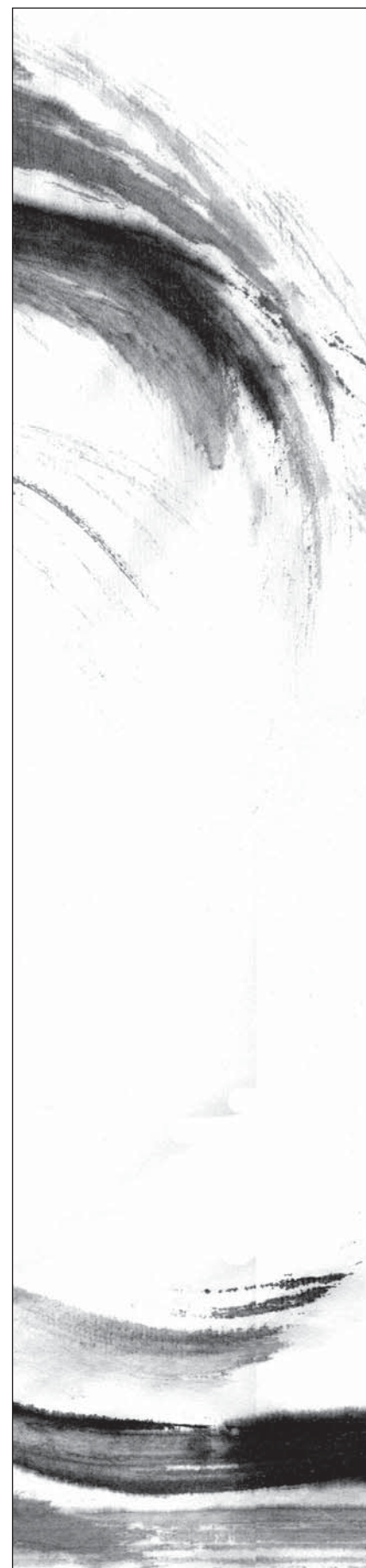
He tenido alumnos que querían aprender [autodefensa]. Ellos simplemente no podían esperar. “¿Cómo usa esto? ¿Cómo usa eso?” Bien, lo primero de todo es aprender a hacerlo correctamente. Así que encontré a esos estudiantes que estaban tan orientados a usarlo. “Oh, esto nunca funcionará” y ese tipo de cosas, hicieron que no aguantaran mucho tiempo. Se marcharían a buscar algo que fuese más “práctico”.

La situación no mejora por el hecho de que lo que los estudiantes aprenden pueda ser más complicado de lo que esperaban en principio. La complejidad de las técnicas puede querer decir que los estudiantes las encuentran difíciles de aprender, o que pueden darse cuenta de que serían incapaces de ejecutar las técnicas correctamente a corto plazo. Esto, además, frustra su sentido de la confrontación con las necesidades que perciben respecto a la autodefensa.

Una paradoja se origina en este debate acerca de la respuesta a la conciencia de riesgo, relativa a que las personas que buscan en el entrenamiento de artes marciales una forma para protegerse de los peligros que perciben, de hecho, se están colocando en una situación de peligro mayor que al que se enfrentan en su vida diaria. Furedi reconoce esto, irónicamente, “la búsqueda de la seguridad está sujeta al contraataque. Ciertamente, la búsqueda de la seguridad no es menos ‘arriesgada’ que cualquier otra actividad humana” (1998: 12). Además del sentido falso de seguridad que puede derivarse de un escaso conocimiento y de una excesiva confianza, los estudiantes de artes marciales pueden encontrar otros riesgos físicos y emocionales. Por ejemplo, los aprendices pueden aguantar narices sangrando, esguinces, magulladuras, ligamentos rotos, cortes y huesos quebrados, y pueden soportar excesivo cansancio físico en algunos niveles avanzados. La mayor parte de esto rara vez ocurriría durante sus rutinas diarias normales. Las situaciones de ataque escenificadas en las clases pueden obligar a los aprendices a sacrificar su seguridad emocional, y la relativa incertidumbre que genera el compañero también puede ser intimidante.

Si algunos aprendices han soportado un ataque físico previo (asalto callejero, violencia doméstica), las situaciones que encuentran durante el entrenamiento pueden presentar desafíos adicionales. McCaughey apoya esta última observación en su análisis feminista del entrenamiento en autodefensa de mujeres. Ella afirma que los ataques simulados son algunas veces traumáticos para las participantes femeninas: aquellas que han tenido experiencias en la vida real similares las recuerdan y encuentran intimidatorios los ataques simulados, incluso aquellos en los que no sienten que estén “encarando sus peores pesadillas” (1997: 62-4). Además, los aprendices que han tenido un ataque previo pueden enfrentarse con la comprensión perturbadora de que están armados con habilidades parecidas a las de sus agresores. Además, según lo que Twemlow et al. (1996: 102) indican, no son sólo las víctimas, sino también los atacantes, los que pueden ser atraídos por el entrenamiento de artes marciales.

Naturalmente, tales declaraciones avivan la pregunta de por qué los aprendices de artes marciales (especialmente las mujeres) se ponen en situaciones que tienen el potencial para causar un daño físico y emocional. Esta pregunta es particularmente aplicable a aquellos aprendices que practican por períodos más largos. Por supuesto, algunos pueden valorar la emoción de la competición, otros pueden disfrutar el entrenamiento físico, mientras algunos pueden disfrutar la práctica como una forma de arte. Sin embargo, Rojek (2000) sugiere que, para los que se involucran en trabajar con el miedo personal, es precisamente el riesgo emocional y físico implicado en tal actividad lo que la hace atractiva. En su debate sobre las “formas anormales de ocio” Rojek identifica la “actividad de toma de riesgo” como el comportamiento que coloca en peligro la salud física o mental del individuo o su sentido de existencia organizada. Esta definición cubre toda clase de actividades arriesgadas, desde el paracaidismo en caída libre a la toma de drogas (Rojek, 2000: 151-52), pero puede ser aplicada a las artes marciales. Rojek sostiene la opinión (a través del estudio de Lyng, 1990 sobre “edgework” [situaciones extremas]) de que la actividad de toma de riesgo es agradable porque forzar los límites individuales produce como respuesta sentimientos de competencia y confianza. Como una mujer cinturón marrón de Zen Do Kai explicó:



Espero hacerlo [combate con sparring], aunque es un gran desafío. Casi lo espero con ansia porque me gusta ese desafío, porque sé que va a hacerme mejor persona. No precisa y necesariamente una mejor combatiente o luchadora, sino realmente una mejor persona, porque me habré enfrentado a algo a lo que puedo tener miedo. Quiero decir, no estoy muy asustada de eso ahora, pero cuando comencé tuve miedo de lastimarme.

Las actividades de toma de riesgo a las cuales Rojek (2000) y McCaughey (1997) se refieren deben tener lugar en ambientes controlados para asegurar su éxito. Aunque en el camino de las artes marciales y de la autodefensa los estudiantes pueden sufrir lesiones a veces, los instructores se esfuerzan para no dejar que esto ocurra. Por consiguiente, las implicaciones de seguridad para las artes marciales también deberían considerarse en el contexto de la sociedad de riesgo, especialmente el punto en que la conciencia de riesgo ha afectado a la práctica de las artes marciales y su filosofía.

Significativamente, la práctica de artes marciales en Nueva Zelanda se ha preocupado por la seguridad. Los estudiantes de estilos que incluyen técnicas de golpeo se han equipados con espinilleras, protectores bucales y guantes para protegerse y proteger a sus compañeros de entrenamiento. Los estilos que incluyen técnicas de caída y de lanzamiento a menudo poseen en sus clases colchonetas especiales, completamente acolchadas. Se supone que los instructores poseen certificación en primeros auxilios. Un resultado de la conciencia de riesgo ha sido un incremento de los litigios en la sociedad, así es que se ha vuelto normal para los instructores asegurarse a ellos mismos y a sus lugares de entrenamiento, y hacer firmar a los estudiantes una cláusula para impedir ser demandados por estudiantes lesionados durante una clase.

El contenido de algunas clases de artes marciales también ha sido modificado para incluir ejercicios más seguros y efectivos y métodos provenientes de las ciencias del deporte, la medicina y la psicología. Aunque algunos estilos han diseñado clases para enseñar técnicas duras o técnicas de calle orientadas a responder ante un riesgo percibido, la mayor parte de estilos de mi muestra realmente habían hecho sus clases menos desafiantes para dar cabida a más participantes, especialmente a aquellos que eran físicamente más débiles o más tímidos. Un varón de quinto grado de Zen Do Kai describió cómo, tras un período de veinte años en Nueva Zelanda, el Zen Do Kai se había convertido en un arte marcial más accesible y seguro. Él explicó que:

Las personas que entrenaban [al principio] tendían a ser chicos duros... tendía a ser bellamente duro [el estilo]. Se ha convertido en mucho más científico y ha habido un mayor énfasis en la técnica. Ha habido un mayor análisis de las cosas, mucha modernización. Ha llegado a ser mucho más estructurado. Se ha tornado en menos exigente físicamente, pero más desafiante mentalmente... Se ha convertido en algo bastante más equilibrado. Porque de lo que no se dan cuenta las personas es que las artes marciales tienen que atraer, obviamente, a un amplio conjunto de personas.

Es importante para muchos instructores que los estudiantes se sientan seguros y sin temor en el dojo (la escuela). Un varón cinturón negro de séptimo grado de Seido Karate sostuvo la opinión de que las artes marciales tuvieron un propósito real a este respecto, porque, “No hay demasiadas situaciones en la vida [donde] las personas puedan ser puestas a prueba hasta sus límites en un lugar relativamente seguro”. Él explicó que, “Aun si practicamos un estilo de contacto, todavía hay obviamente un grado de control unido a él” e indicó que:

En el anterior sistema de kárate que practiqué [Kyokushinkai], los principiantes venían y comenzaban a luchar directamente. Bien, este tipo de sistema es bueno si se quieren crear personas resistentes, pero quien aguantó en este sistema era resistente de cualquier manera, ya eran resistentes cuando comenzaron. No tuvieron que adquirir eso, ya lo tenían. Dado que considero que es más importante el desarrollo de habilidades y el hacerlo en un ambiente relativamente seguro, esta seguridad es importante desde nuestro punto de vista.

A pesar de la buena voluntad aparente en esta filosofía, es posible sostener que haciendo las clases más sencillas, más seguras y más edificantes para los estudiantes, los instructores pueden colocar a estos en un mayor peligro potencial. En otras palabras, garantizando a la seguridad de los estudiantes a corto plazo, los instructores pueden estar sacrificándola a largo plazo. Por ejemplo, una mujer cinturón negro de cuarto grado de Seido Karate creía que en su estilo se hacían concesiones a las aprendices, y que esto era un problema porque tendrían éxito dentro del sistema, pero no serían efectivas como luchadoras. Un varón de quinto grado de Zen Do Kai también cuestionó el valor a largo plazo de un tipo más suave de entrenamiento en artes marciales y si los instructores estaban realmente responsabilizándose de las necesidades de los estudiantes:

Hay un peligro real en esto. En ayudar a los estudiantes a través de las artes marciales, ¿se "miman" en cierta medida?... Y quizá haces que completen las graduaciones de un modo que no es tan exigente físicamente porque consideras que no tienes derecho a imponer tus normas a alguien. ¿O colocas un patrón y empujas a las personas a una graduación con mucha carga física? Y esto, realmente, es un dilema.

Aunque los estudiantes normalmente recurren al entrenamiento de artes marciales para la autodefensa, parece que su búsqueda de seguridad se complica por la inadecuación de sus expectativas de autodefensa con la experiencia que realmente se les ofrece. Específicamente, el largo tiempo necesario para llegar a ser competente, la complejidad de las técnicas, los riesgos físicos y emocionales involucrados en el entrenamiento, y la focalización de la atención en aspectos del arte marcial no relacionados con la autodefensa. Esto puede servir para explicar de alguna manera por qué tantos estudiantes desisten durante las primeras etapas de entrenamiento. Es probable que las consideraciones de seguridad derivadas del riesgo puedan animar a los estudiantes a continuar con su entrenamiento, pero, significativamente, ninguno de los participantes en la investigación señaló la "autodefensa" como un motivo para continuar con el entrenamiento en las artes marciales¹.



Hubo cuatro razones principales para este cambio de percepción. Primero, con el tiempo, los estudiantes tendían a ganar suficiente confianza física y personal, y ya no se sentían amenazados por agresores potenciales. En segundo lugar, la conciencia general de autodefensa adquirida durante el proceso de entrenamiento hizo que muchos estudiantes se diesen cuenta de que sus miedos no eran un verdadero reflejo de la realidad. Tercero, algunos estudiantes se cuestionaron con el tiempo su motivación para aprender autodefensa. Muchos sintieron que prepararse durante años para una pelea que quizá nunca llegaría a producirse era una razón de poco calado para el estudio a largo plazo de un arte marcial. En cuarto lugar, según progresaron los estudiantes en sus artes marciales, tendieron a reconocer y apreciar facetas más abstractas de la experiencia, como los componentes sociales, históricos, estéticos, filosóficos o espirituales. Como un varón casi cinturón negro² de Seido Karate dijo:

La autodefensa. Estoy seguro de que algunas personas [que vinieron a estudiar primero Seido Karate] pensaron, "me gustaría aprender kárate para la autodefensa". Esto cambia. Pienso que cuando haces cualquier cosa durante varios años debes cambiar, tu vida cambia, así que tu percepción o lo que quieras sacar de ella cambia definitivamente. Y es también un peregrinaje. No hay fin para él.

De un modo semejante, en la experiencia de un varón de séptimo grado de Seido, "Lo que esperan al principio, podría ser [autodefensa], pero lo que continúan buscando son sus otros aspectos beneficiosos".

El entrenamiento de las artes marciales y la búsqueda de la salud y del estado de forma

Muchos de los riesgos identificados por la sociedad del riesgo están relacionados con la salud humana. Estos riesgos operan a un nivel global (la reducción drástica de la capa de ozono, la contaminación del aire y del agua, la energía nuclear), y a nivel personal (los gérmenes, la obesidad, hábitos como fumar). La sociedad ha estado progresivamente más concienciada acerca de la salud (Furedi, 1998), hecho evidenciado en el número creciente de gimnasios, la venta de vitaminas y otros suplementos para la “salud”, el desarrollo de productos domésticos antibacterianos, etcétera. La popularidad de la “medicina natural” también sugiere una desconfianza en los procesos industriales. Las personas perciben la impresión de que muchos aspectos de la sociedad contemporánea pueden amenazar su salud y bienestar, y están motivados para buscar alguna manera de protegerse frente a ellos.

Los medios de comunicación son instrumentos para promulgar tales mensajes. En particular, la salud física se describe habitualmente relacionada con otros tipos de “salud” (mental, social), y con un mejor desempeño en todas las áreas de la vida de una persona. Se sobreentiende que si usted no tiene una evidente salud física, no será útil como ser humano. Por lo tanto, el entrenamiento en las artes marciales también puede perseguirse por razones de salud. El ejercicio obtenido en el entrenamiento de las artes marciales puede satisfacer el deseo de mejorar la salud, la adaptabilidad, la forma y el rendimiento físico.

Entre los encuestados en el estudio, después de “la autodefensa”, la razón más común para el inicio del estudio de las artes marciales fue la “forma física”. Algunos también escribieron que querían “estar bien de salud” (aunque no estaban técnicamente “enfermos” cuando comenzaron). Para muchos encuestados, el entrenar artes marciales se consideró una alternativa “interesante” al gimnasio. Aunque la mayor parte de artes marciales practicadas en Nueva Zelanda proporcionan un estado de forma y la mejora en la salud, este es un punto principal para algunos estilos en particular. Por ejemplo, el taijiquan puede ser sumamente efectivo como un arte de lucha, pero la mayoría de estudiantes lo practican por motivos de salud y relajación, sin entrenarse en sus aplicaciones de combate.

Los datos de mi estudio demostraron que la mayoría de encuestados que comenzaron un arte marcial por razones de salud o de estado de forma continuaron entrenándose por razones diferentes. Principalmente esto era porque tan pronto como los estudiantes comenzaron a sentirse más en forma y más saludables, se alivió ese miedo. Aunque algunos estudiantes continuaron entrenándose para mantener niveles de salud, forma física y relajación, pareció que estas metas aisladamente no fueron suficientes para dar soporte a un estudio concentrado de un arte marcial. Al igual que con la autodefensa, muchos encuestados dijeron que según desarrollaron una apreciación más profunda de su arte marcial, comenzaron a favorecer menos los elementos concretos. Particularmente, muchos mencionaron que su interés había cambiado hacia el “estudio puro” de su arte, o hacia una comprensión de su arte marcial como una “forma de vida”. Por ejemplo, una mujer cinturón marrón de Seido Karate empezó a entrenar “para estar más en forma, aprender autodefensa [y] tener mejor coordinación”. Sus razones para continuar fueron muy diferentes y reflejaron un cambio en su percepción del arte marcial, que incluyó un entendimiento más general de la práctica. Ella explicaba que:



Es mucho más complejo, no sólo de un modo físico, sino también en una forma intelectual que aplica la mente, el espíritu y el cuerpo... Es bastante más importante de lo que alguna vez pensé que podría ser. Necesito entrenarme: se ha convertido en una parte esencial de mi vida. No es otro deporte que haré y luego dejaré. Puedo hacer esto para siempre, independientemente de la edad y de la situación. Muchos deportes tienen límites de tiempo, metas simples. En las artes marciales uno nunca alcanza el máximo, se continúa creciendo... me ha ayudado a lograr bastante más en la vida permitiéndome tener más confianza en mis capacidades y conocer mis limitaciones; ser más comprensiva y algunas veces más determinada y resistente mentalmente.

El entrenamiento de las artes marciales y la búsqueda de la pertenencia

Beck (1999) sostiene que una de las características decisivas de la sociedad del riesgo es el proceso de individualización, conllevando la “pérdida progresiva de los lazos tradicionales y sociales como medios para la estructuración del curso de la vida y la formación de relaciones sociales” (Lupton, 1999: 4). En correspondencia, Furedi (1998) escribe que la década de los ochenta vio una aceleración en la desintegración de la solidaridad social y de las comunidades. Durante este período, prácticamente todas las instituciones colectivas se debilitaron. Las relaciones obligatorias perdieron su significado, dando lugar a una atmósfera de desconfianza y, consecuentemente, a un intenso sentido de aislamiento, reforzando la percepción de impotencia de las personas (Furedi, 1998: 129, 171).

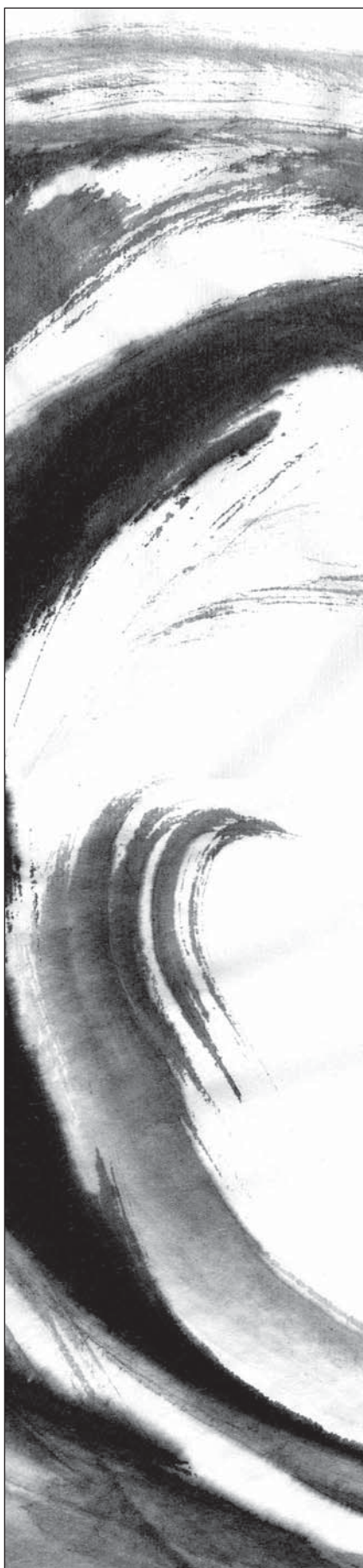
La pérdida de estructura social sin reintegración en alguna red social nueva puede intensificar los sentimientos de aislamiento y desconfianza (Furedi, 1998: 141). Las personas pueden buscar una estructura social alternativa para tener una sensación de pertenencia y de seguridad, y esto puede ser causa, en parte, de la creciente matrícula en alguna de las artes marciales en Nueva Zelanda. Aunque las artes marciales no se consideran convencionalmente como “deportes de equipo” y se centran mayormente en la progresión individual, al mismo tiempo, la mayoría de estilos operan según una estructura pseudo-familiar que incorpora filosofías y valores compartidos. Ciertamente, el antropólogo de las artes marciales John Donohue ha observado que el ordenamiento y los rituales del lugar de entrenamiento actúan para definir a los participantes como miembros de un grupo concreto (1994: 114). El sentido de pertenencia y de camaradería que resulta de estar afiliado a un club refuerza la solidaridad social y la identidad personal.

Un número considerable de los encuestados declararon que una de sus razones principales para decidir tomar parte en un arte marcial fue la búsqueda de compañerismo y de apoyo social. Consideraron que el entrenar artes marciales ofrecía una experiencia muy social, a pesar de las habituales percepciones de estricta disciplina y enfoque interno. Significativamente, muchos encuestados también identificaron el apoyo social como la razón primaria para continuar con su entrenamiento. Una mujer primer grado de Zen Do Kai creía que el sistema estructurado de su arte contribuyó a su sentimiento de pertenencia y apoyo. Explicaba que:

Con las artes marciales, he encontrado que ya que están muy estructuradas: blanco, azul, verde, marrón, negro [cinturón], sabes dónde vas. Tienes ese respaldo. Aunque es un deporte individual, siempre siento que es como un deporte de equipo, porque estás allí con tus compañeros todo el tiempo. Y pienso que en otros deportes, aunque tengas adversarios, usted no necesariamente se entrena con ellos... Entonces, esta es una de las principales razones por las que realmente he sido fiel al Zen Do Kai, es esa amistad, el compañerismo.

Los practicantes de otras artes marciales también creían que tener un lugar propio dentro de un sistema contribuía a un sentimiento de soporte y aceptación social, ya que proporcionaba un punto de lealtad a pesar de otros acontecimientos u otros compromisos de la vida del estudiante. Un varón de séptimo grado de Seido Karate dio la siguiente explicación:

Si alguien quiere practicar [un arte marcial] a largo plazo, evidentemente su motivación y su percepción de esta se alterarán, y sus niveles de intensidad se alterarán de vez en cuando. Y pienso que una de las razones por las que el Seido ha tenido éxito en términos de afiliación y de retener a las personas por largos periodos de tiempo es porque ha permitido que los niveles individuales de intensidad cambien a lo largo del proceso de entrenamiento. Así es que aceptarás que algunas veces las personas pueden realizar un esfuerzo realmente bueno, pero a veces no pueden, porque obviamente hay cosas más im-



portantes en sus vidas. Y desde mi perspectiva, eso tiene que tenerse en cuenta. Así que, lo que ocurre, es que algunas veces tendremos personas que se retiren durante veinte años, y cuando regresen todavía tendrán su lugar en la fila, todavía tendrán su turangawaewae, un lugar para practicar³. Y esto es, pienso, absolutamente decisivo en el dojo.

De un modo semejante, un varón cinturón negro a prueba de Seido percibía que el constante sentido de unidad era “asombroso. Sé que justo en los últimos dieciocho meses... justamente, cuántos han regresado y ellos tienen su lugar. Es asombroso cuántos ha venido tras quince, veinte años de ausentarse”.

Esta solidaridad también se extiende desde el interior del dojo a las actividades externas. Un varón de quinto grado de Zen Do Kai con experiencia en el sector de la seguridad afirmó cómo el trabajo con compañeros estudiantes de artes marciales le hacía sentirse más seguro y más efectivo. Él decía:

Una de las cosas que realmente sobresale para mí fue la facultad para tener fe en alguien más... Y si tienes un amigo probado y experimentado con el que entrenas y en quien verdaderamente confías, sabes que si te metías en algún tipo de situación esta persona iba a estar justo allí contigo. No iba a echarse atrás y no iba a dejarte en la estacada, a pesar de las desigualdades. Así que, en cierto grado, esto crea, al menos, este tipo de hermandad.

De un modo significativo, este hombre sentía que su experiencia en artes marciales le había dado la facultad de confiar en otros (la antítesis de la sociedad del riesgo), lo cual da soporte a la argumentación de Giddens (1991) de que la confianza en la fiabilidad de otras personas crea un sentido de “seguridad ontológica” (seguridad esencial) la cual es importante para llevar al individuo a través de momentos de alto riesgo (1991: 36, 38).

Debido al continuo apoyo social y estructural que aportan muchas artes marciales, aquellos que entran en un club de artes marciales en busca de compañerismo social y pertenencia son más propensos a continuar con el entrenamiento por esta misma razón. Ciertamente, algunos encuestados que empezaron el entrenamiento por diferentes razones, como la autodefensa o la forma física continuaron debido a la camaradería.

El entrenamiento en artes marciales y la búsqueda de sentido y propósito vital

Sjöberg (1987) observa que una consecuencia más del proceso de individualización es un sentimiento creciente de ansiedad existencial. Él sostiene la opinión de que la debilitación de las instituciones colectivas, de los valores comúnmente compartidos y de los sistemas ideológicos ha denotado que ya no exista una estructura uniforme de la vida privada, y las personas han perdido su sentido de propósito vital, de respeto por uno mismo y de identidad (Sjöberg, 1987: 123, 117). A pesar de que esta pérdida de sentido y propósito vital colectivo se puede asociar con la idea de una sociedad del riesgo, es también un hecho característico de una sociedad progresivamente secularizada. Puede ser, por consiguiente, que algunas personas sean atraídas al estudio de las artes marciales para compensar una falta de tradición y de sistemas de creencia significativos en sus vidas ordinarias.

La mayoría de artes marciales son apoyadas por algún tipo de filosofía coherente. Aunque estas filosofías no son siempre religiosas, funcionan como los sistemas de fe, y estos valores compartidos pueden contribuir a un sentido de orden y significado en las vidas de los estudiantes. Adicionalmente, puesto que muchas de las filosofías se basan en ideas relativas a la naturaleza humana y las formas de entender el mundo, pueden proveer al estudiante de una guía ética o moral que antes no tenía. Este aspecto es de considerable importancia para algunos estudiantes. Por ejemplo, un varón de primer grado de Seido Karate defendía que, “yo y otros

continuamos [entrenando] debido a una consistente y fuerte creencia en el Seido que se sitúa en una escala de valores muy superior a muchas cosas de la vida”.

Los participantes también pueden lograr un sentido de orden y significado a través de las rutinas establecidas en el entrenamiento de las artes marciales. Donohue (1991) sugiere que gran parte de la atracción de las artes marciales procede de representaciones rituales que ayudan al individuo a ocuparse simbólicamente de un número de cuestiones existenciales relacionadas, por ejemplo, con la mortalidad, la búsqueda del control, el poder y la identidad. Todas las clases de artes marciales que observé durante mi investigación incorporaron algún elemento de ritual: las costumbres, las reglas y la etiqueta, y la consiguiente disciplina y respeto eran importantes para muchos de los encuestados. Por ejemplo, un estudiante varón (quinto kyu, rango de estudiante) de aikido confirmó que: “He apreciado la reverencia y el ritual como algo espiritual, pienso”, y apreciaba mucho “el sentimiento de paz en el dojo. Ahora alcanzo esto todos los días, y es un sentimiento agradable para mí saber que, a pesar de todo, puedo entrar andando, inclinarme ante el kami-za [pequeño altar en el dojo] y todavía existe ese sentimiento”. Tales comentarios llaman la atención hacia el lugar de entrenamiento como un lugar especial donde se pueden tratar estos asuntos existenciales, fuera del caos de la vida.

En su aproximación a los estudios de rendimiento aplicados a la práctica de artes marciales, Deborah Klens Bigman afirma que, “Todos estos rituales y prácticas existen para que los estudiantes se sustraigan de sus preocupaciones cotidianas, y se introduzcan en el particular mundo del dojo” (2002: 3), relajando a los participantes, separándolos de sus preocupaciones diarias, y centrando su concentración en el entrenamiento. De forma interesante, algunos encuestados creían que el ritual y la disciplina experimentada a través del entrenamiento en artes marciales les facultaban para ejercer control sobre sus vidas cotidianas y les proporcionaban un sentimiento de poder.

La disciplina y el respeto en las artes marciales son simplificados mediante una estructura jerárquica. Esta jerarquía era más evidente en ciertas artes marciales de mi estudio (por ejemplo, aquellas que usaban cinturones de colores para denotar rango), pero estaba también presente en aquellas que no utilizaban ninguna manifestación exterior obvia del nivel de habilidad del estudiante. He explicado cómo esta estructura contribuye al sentido de soporte social y de pertenencia de las personas, pero, en este contexto, los estudiantes también pueden obtener como resultado un sentido de la organización de esta estructura y su progreso dentro de ella, lo cual les ayuda definir su sentido de individualidad. Un varón de séptimo grado de Seido destacó que, “Mi percepción de la gente es que anhelan algún tipo de organización, y que desean tener referentes en sus vidas, y el sistema de kárate, por sí mismo, proporciona esto”. Según una mujer de cuarto grado de Seido, el apoyo que proporciona la fiabilidad de esta estructura ha resultado ser terapéutico para muchos de sus estudiantes:

Ciertamente ves que las personas cambian... hemos visto sólidos cambios en personas, mujeres que vienen tras haber sufrido abusos –abuso grave, abuso sexual– y al final han sido personas felices y equilibradas. No simplemente como resultado del kárate, sino que pienso que es más como el resultado del apoyo y de la estructura, y es la estructura la que proporciona el apoyo.

La concepción habitual de la práctica de artes marciales como un viaje para toda la vida y como un camino de vida, incorporando una meta a largo plazo, puede apoyar un mayor sentido de propósito vital en el individuo. El viaje de las artes marciales implica superación e iluminación interior propia a través del tiempo y también proporciona una experiencia beneficiosa continua, aunque la meta final puede que no se alcance nunca. El entrenamiento de artes marciales puede mantenerse durante toda la vida, lo cual es un alivio para algunos aprendices, especialmente para los cinturones negros de más edad. Por ejemplo, un varón de quinto grado de Zen Do Kai apreció, “la progresión ‘eterna’ de este arte” y un varón de cuarto grado de Taekwondo disfrutaba con la idea de que “si quieres, no hay fin”.

Por consiguiente, aquellos participantes que buscaban en el entrenamiento de las artes marciales una forma combatir la ansiedad existencial originada por la conciencia del riesgo tuvieron una tendencia a continuar por esa razón. Estos resultados sugieren que aunque la implicación en un sistema estructurado de artes marciales puede mitigar las ansiedades iniciales de los estudiantes, la superación propia a largo plazo es posible únicamente si los estudiantes prosiguen con sus estudios. Efectivamente, los estudiantes pueden combatir la ansiedad existencial precisamente emprendiendo un viaje de crecimiento propio, y ganando, por consiguiente, un sentido de significado, de propósito vital, y de auto-identificación.

Conclusión

La “sociedad del riesgo” describe el estado de muchas sociedades contemporáneas occidentales, en las cuales el riesgo se ha vuelto fundamental para las formas en que las personas se entienden y se manejan a sí mismas, a sus cuerpos y a sus interacciones interpersonales. Un resultado de este cambio social, cultural, y político ha sido un incremento en los sentimientos de aislamiento, miedo, e incertidumbre de las personas, y un sentimiento mermado de la propia identidad y del propósito vital. La teoría de la sociedad del riesgo ayuda a explicar cuatro razones diferentes por las que las personas empiezan a entrenar ciertas artes marciales: para buscar la seguridad física (la autodefensa), para buscarla salud y el estado de forma, para buscar la pertenencia y el soporte social, y para ir en busca del significado y del propósito en la vida. Sin embargo, parece que la tesis de la sociedad del riesgo es menos capaz de explicar por qué las personas deciden seguir entrenando. Los datos sugieren que las personas que comienzan motivadas por la autodefensa continúan por varias razones diferentes (a pesar de que debe observarse que algunas de estas razones pueden comprenderse bajo esta teoría, al coincidir con algunas de las preocupaciones que desarrollan las personas en una sociedad del riesgo). La gente que comienza a entrenarse por razones de salud física y de estado de forma puede continuar, en parte, por el mantenimiento, pero tiende a centrarse principalmente en aspectos no físicos de la experiencia en artes marciales. Sin embargo, aquellos que buscan en el entrenamiento en artes marciales razones de solidaridad social son más propensos a continuar por esta misma razón, al ser una parte integral de su disfrute en la experiencia con las artes marciales. Esto es incluso mayor en el caso de personas que empiezan entrenarse para buscar el propósito y el significado en la vida, ya que su propósito y significado vital puede derivarse directamente de su perseverancia en el entrenamiento a largo plazo. Puede alegarse, en este contexto, que los que se inician por razones físicas tienden a continuar por razones no físicas (lo cual puede o no provenir de sus experiencias de entrenamiento físico), mientras que aquellos que se inician por razones no físicas tienden a continuar por esas mismas razones; y que a través del tiempo hay un alejamiento de los aspectos concretos, literales, del arte marcial, hasta un enfoque hacia elementos más abstractos, metafísicos, de la experiencia. De un modo interesante, aunque cada arte marcial en mi muestra tuvo un carácter étnico, filosófico, y metodológico distinto, las motivaciones de los participantes en la investigación y las respuestas obtenidas sobre su entrenamiento fueron relativamente homogéneas. Estos resultados sugieren que las diversas artes marciales, por diversas que sean, se perciben como oferentes de soluciones similares para las ansiedades y miedos relativos al riesgo.

La aplicación de la teoría de la sociedad del riesgo para la práctica de artes marciales en Nueva Zelanda es útil de diversas formas. Ofrece nuevos entendimientos acerca de las motivaciones de las personas para involucrarse con las artes marciales asiáticas en Nueva Zelanda. Provee una base teórica para ciertas suposiciones acerca de las motivaciones de los estudiantes para entrenar, y revela que la participación individual en las artes marciales no es una actividad desligada socialmente, sino que, significativamente, es representativa de tendencias sociales más amplias.





Bibliografía

- Beck, U. (1992). *Risk society: Towards a new modernity*. London: Sage.
- Beck, U. (1999). *World risk society*. Cambridge: Polity Press/Blackwell.
- Beck, U., Giddens, A. & Lash, S. (Eds.). (1994). *Reflexive modernization: Politics, tradition and aesthetics in the modern social order*. Cambridge: Polity Press.
- Cox, D. (1999). *An analysis of two forms of self-defense training and their impact on women's sense of personal safety self-efficacy*. Unpublished doctoral dissertation, Old Dominion University, Norfolk, Virginia.
- Donohue, J. (1991). *The forge of the spirit: Structure, motion and meaning in the Japanese martial tradition*. New York: Garland.
- Donohue, J. (1994). *Warrior dreams: The martial arts and the American imagination*. Westport, CT: Bergin and Garvey.
- Elliott, A. (2002). Beck's sociology of risk: a critical assessment. *Sociology*, 36 (2), 293-315.
- Fox, N. (1999). Postmodern reflections on "risk," "hazards" and life choices. In D. Lupton (Ed.), *Risk and sociocultural theory: New directions and perspectives* (pp. 12-33). Cambridge: Cambridge University Press.
- Furedi, F. (1998). *Culture of fear: Risk-taking and the morality of low expectation*. London: Cassell.
- Giddens, A. (1991). *Modernity and self-identity: Self and society in the late modern age*. Stanford: Stanford University Press.
- Klens-Bigman, D. (2002). Towards a theory of martial arts as performance art. In D. Jones (Ed.), *Combat, ritual, and performance: Anthropology of the martial arts* (pp. 1-10). Westport, CT: Praeger.
- Krimsky, S. & Golding, D. (Eds.). (1992). *Social theories of risk*. Westport, CT: Praeger.
- Lupton, D. (Ed.). (1999). *Risk and sociocultural theory: New directions and perspectives*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lupton, D., & Tulloch, J. (2002). "Risk is part of your life": Risk epistemologies among a group of Australians. *Sociology*, 36 (2), 317-334.
- Lyng, S. (1990). Edgework: a social psychological analysis of voluntary risk taking. *American Journal of Sociology*, 95, 887-921.
- Maliszewski, M. (1992). Meditative-religious traditions of fighting arts and martial ways. *Journal of Asian Martial Arts*, 1 (3), 1-14.
- Maslow, A. (1954). *Motivation and personality*. New York: Harper.
- McCaughy, M. (1997). *Real knockouts: The physical feminism of women's self-defense*. New York: New York University Press.
- Rojek, C. (2000). *Leisure and culture*. London: Macmillan.
- Sjöberg, L. (1987). *Risk and society*. The Risks and Hazards Series, No. 3. London: Allen & Unwin.
- Twemlow, S., Lerma, B., & Twemlow, S. (1996). An analysis of students' reasons for studying martial arts. *Perceptual and Motor Skills*, 83 (1), 99-103.

Notas

- ¹ Tal como algunas personas encuentran las artes marciales "demasiado duras" para el entrenamiento en autodefensa, puede ser que otros, que se unan a un club de artes marciales para entrenarse en autodefensa, logren la suficiente habilidad para estar satisfechos o reconfortados, y luego lo dejen.
- ² "Casi cinturón negro" ["Black tip" en inglés] se refiere a un sistema graduación en el Seido Karate donde el quien lo practica está a un paso de recibir el grado de cinturón negro. Una "casi cinturón marrón" ["Brown tip"] está a un paso de recibir el rango del cinturón marrón, etc.
- ³ *Turangawaewae* = un término maorí de Nueva Zelanda diversamente traducido como, "un lugar donde pertenecer", "un lugar del corazón" o "un lugar donde permanecer".